

Esa hora de silencio fué interrumpida por el tañido de una campana.

Tres siglos hacia que aquel bronce sagrado llamaba á los habitantes del pueblo de Dolores al sacrificio de la misa; aquel toque habia anunciado que la religion azteca desaparecia bajo la lava de una civilizacion nueva y que el templo cristiano reemplazaba á la piedra de los sacrificios.

La mano trémula del indio conquistado, tocaba á *muertos* con aquella campana; porque su libertad, su religion y sus tradiciones se hundian en el polvo de la tumba, en ese polvo que levantaban los corceles al atravesar el suelo ensangrentado de la conquista.

Como se perciben entre las agitadas olas de nuestro golfo las corrientes marinas, así se determinaba la raza proscrita entre el tumulto de la inmigracion europea.

Raza infeliz, exhausta, pobre, miserable, teniendo de continuo abiertas las arterias del corazon, desangrándose por tres siglos!-----

El tiempo avanzaba, y aquel pueblo cuya existencia era un misterio para sus dominadores, se levantaria alado como las crisálidas para atravesar el espacio, en el profundo cielo del porvenir.

El tañido de la campana de la iglesia de Dolores era el toque de la *resurreccion*.

Era el llamamiento de la historia, la convocacion de una raza, para vindicar á la humanidad!

-----

## II.

Era domingo y los habitantes de la comarca acudian al templo.

## CAPITULO II.

EL 16 DE SETIEMBRE.

### I.

La noche habia espirado, y los celajes nocturnos, mortaja que envuelve al cielo en una profunda oscuridad, comenzaban á teñirse con la vaga luz del crepúsculo que reventaba en el confín del horizonte.

Las estrellas palidecian y el azul del firmamento se abrillanaba.

El aire purísimo de la mañana sacudia sobre las flores sus alas húmedas con el rocío, y acariciaba las hojas de los árboles que se mecian sobre las flexibles ramas en una muelle ondulacion.

Los vapores del campo formaban una niebla trasparente, envolviendo en sus gasas la frente de las montañas, que aparecian como una sombra en el fondo de un cielo medio oscuro.

Los pájaros atravesaban en parvadas saludando la primera emanacion de la luz precursora del sol.

El templo estaba cerrado.

La multitud se agolpaba en el atrio.

El bronce no cesaba de tañir.

De repente se dejó el párroco ver como Jesucristo en sus predicaciones del desierto.

La muchedumbre le abrió paso, como á Moises las olas del mar Rojo.

Hidalgo se paró sobre el dintel de la puerta, y con voz vibrante, con ese acento que presta Dios á los inspirados, se dirigió á la multitud que estaba ansiosa de sus palabras.

—Hijos míos, aquí á la sombra del templo donde vive el Dios que adoraron nuestros padres, os he convocado en nombre de vuestra patria.

La multitud se agitó en torno del párroco, porque aquellas frases extrañas sonaban de un modo vago á sus oídos, traían un eco armónico nunca oído hasta entonces.

La palabra *patria* siempre es conmovedora; aquellos hombres ignoraban que tenían *patria*, lo acababan de saber en ese momento.

—La nación española, continuó Hidalgo, es presa de la Francia y se quiere que corraís la misma suerte, encadenaros al extranjero, sufrir su yugo y haceros sus víctimas. Yo que os amo, que estoy al tanto de vuestros sufrimientos, he creído un deber impuesto por Dios y nuestra religión, libraros de ese azote que os amenaza.

El pueblo, con su instinto, comenzaba á ver algo tras aquella súbita revelación.

—Consentireis en ser esclavos de los franceses?

—No! no! gritaba frenética la multitud.

La frente de Hidalgo se aclaró como si un rayo de luz hubiese resbalado sobre ella.

La idea estaba salvada.

—Sabed, hijos míos, que conociendo vuestro patriotismo, me he puesto á la cabeza del movimiento que se ha efectuado hace

algunas horas, para arrebatár el mando á los europeos y dároslo á vosotros!

—Viva el cura Hidalgo! Viva nuestro querido padre! gritaba el pueblo entusiasmado.

—Yo estoy delante de vosotros, y pronto á recibir el primer golpe; nada es mi vida, nada mi sangre ante la idea de la independencia y de la libertad!

Hidalgo le decía al pueblo lo que Jesucristo á la humanidad en la última cena: *Tomad y comed, este es mi cuerpo: tomad y bebed, esta es mi sangre.*

—Estoy satisfecho de vuestro amor á la patria, hoy mismo salgo de aquí seguido de los que quieran acompañarme para llevar á cabo el pensamiento de la independencia.

—A la guerra!... á la guerra!... gritaron cien voces.

—Sí, á la guerra, dijo Hidalgo, sois un pueblo de valientes, armaos como podáis, que con ese arrojo la victoria es vuestra!... Id, que aquí teneis capitanes esforzados, Allende, Aldama, Abasolo y otros mil que se reunirán á vosotros; á las armas! á las armas!

En aquel momento sonó el toque del AVE MARÍA.

El sol resplandeció con mas brillo que en el primer horizonte del Génesis.

Los hombres y la naturaleza, al saludar á Dios, daban la bienvenida á la aurora de la libertad.

## II.

La multitud se desbandó por las calles de Dolores en un clamoreo terrible.

Las campanas repicaban á vuelo, los cohetes poblaban el espacio.

El pueblo celebraba de antemano su victoria.

—Capitan, dijo Hidalgo señalando á la multitud, os lo habia vaticinado, dentro de algunos momentos contamos con un ejército, vuestro es el mando, vos sereis el brazo vengador, yo llevaré el estandarte de nuestro pensamiento.

—Señor, contestó Allende, sois el alma de esta revolucion, sin vos nosotros estaríamos perdidos y el pueblo sin esperanza.

—No, capitan, yo he seguido vuestros pasos, he sorprendido vuestras ideas, y las he admirado, teneis el temple de los hombres grandes----- Dios quiera que no os alcance su predestinacion.

Hidalgo se compadecia de aquella juventud, su corazon le revelaba que vendria la hora del martirio; pero esta idea no le hacia vacilar un solo instante ni añadia un latido mas á su corazon.

—Caminemos unidos, démosle forma á este movimiento, organicémoslo, de ahí depende el éxito, decia Allende.

—En estos momentos debemos recibir en nuestras filas á todos los que se presenten.

—Necesitamos soldados, observaba Allende, y la gente inútil nos servirá de estorbo; pensad en la derrota y no en la victoria, las masas se desmoralizan con facilidad é introducen el desórden.

—Capitan, es necesario que no olvideis que es un movimiento popular, llegará tiempo de improvisar las masas en ejército, no hiram el amor propio de álguien.

—Teneis razon, señor cura; pero no prescindiré ni por un momento de la idea de organizacion.

—Sois el árbitro, os entrego la cera, vaciadla en el molde y tendreis la forma que buskais.

En aquellos momentos pasó un grupo llevando á empellones á un clérigo que vomitaba excomuniones y anatemas.

—Qué pasa? dijo Abasolo.

—Es el sacristan mayor, el padre Bustamante, á quien llevan preso.

—Señor! señor! gritaba el padre sacristan, ese infernal del padre Ballera me ha despojado de las vestiduras sagradas y me ha intimado arresto, socorredme!

El grupo atravesó llevando á remolque al clérigo, que Hidalgo hizo poner en libertad lo mismo que al subdelegado.

Al otro extremo de la plaza un segundo grupo rodeaba al español Larrinúa, que resistiendo á sus aprehensores habia recibido una zurra de cintarazos terrible.

—Señor cura, ya comienza el desórden, decia un bonachon á Hidalgo.

—Dejadlos, amigo mio, las revoluciones traen males inevitables.

—Idos con dos mil diablos! gritó uno de los voluntarios, no se trata de un sermon de cuaresma, sino de acabar con los europeos, y al que no le agrade que se vaya del otro lado.

—Bien! bien! gritaron algunos soldados.

El buen hombre se puso lívido y murmuró algunas palabras.

A las dos horas ya los habitantes del pueblo de Dolores se formaban en la plaza, armados de lanzas, palos, hondas, instrumentos de labranza y cuanto podia servir en el ataque y defensa.

¡Qué bello y grandioso espectáculo.

Parecia un grupo de marineros prontos á darse á la vela con la inquietud del que va en pos de un mundo desconocido.

Trabajadores de la libertad, formaban la primera fila que es la de los héroes.

Ninguno sobreviviria á tan gigante empresa.

Mártires sin nombre, serian arrastrados por el oleaje de la revolucion.

## III.

Trescientos hombres se reunieron en la plaza de Dolores.

No habia que perder un solo momento.

Hidalgo, á la cabeza de su pequeño ejército, se dirigió como un gran capitán sobre San Miguel el Grande.

Las mujeres, los viejos y los niños salieron á acompañarle hasta una legua de Dolores.

Como bagajes del ejército iban en mulas todos los españoles aprehendidos, á quienes se llevaba por precaucion.

De los pueblos y *haciendas* del tránsito, salian los labradores y se unian á las filas de los independientes.

Jamas se vió movimiento mas espontáneo.

Una nube pequeña habia aparecido en el cielo de Dolores, y al ir avanzando crecía y crecía como una manga de tormenta, que al desplomarse, llevando en su seno el rayo, asolaria los campos y las ciudades.

Los caudillos al abandonar aquel pueblo histórico de Dolores, dejaron sobre los muros la página mas gloriosa en el album de nuestras glorias.

La caravana revolucionaria llegó al santuario de Atotonilco, donde tomó descanso.

El tumulto crecía de una manera terrible.

Hidalgo aceptó el plan de Allende, era ya tiempo; porque la revolucion corria el peligro inminente de convertirse en un azote de las poblaciones, en un amago que resistiria la sociedad y en que se perderia hasta la fe del pensamiento.

Procedióse á la organizacion.

La infantería la formaban los indios, divididos por pueblos ó cuadrillas, armados de palos, flechas, hondas y lanzas.

Los caporales ó mayordomos de las *haciendas*, hacian de gefes

de la caballería, armada de machetes y espadas, que como hombres de campo estaban acostumbrados á llevar en sus trabajos ordinarios los labradores.

Cuando aquella masa convertida en ejército pasó frente al santuario en cuya puerta estaba Hidalgo presenciando el desfile, el sagrado caudillo tuvo una inspiracion divina, una sublime emanacion del génio que se habia apoderado de sus sentidos.

—Capitan! gritó con voz de trueno al jóven Allende; detened á vuestro ejército, es necesario darle una BANDERA.

Allende sacudió la frente con orgullo y vibró su espada con aquella arrogancia que debia distinguirle bien pronto en los combates.

—Ese hombre es el dios de la revolucion! exclamó el valiente capitán, y detuvo á sus soldados.

Entróse Hidalgo en la sacristía del santuario y su mirada se fijó inspirada en la imágen de la Virgen de Guadalupe.

—Ella! murmuró el héroe, ella protegerá á su pueblo, yo se lo encomiendo con la fé de mi alma!

Sacó el lienzo del marco, é improvisándolo en una bandera, lo colocó en una asta de lanza.

Presentóse el caudillo á la faz del pueblo armado.

No habia pronunciado una sola palabra cuando el ejército se sintió conmovido, electrizado, á la vista del lábaro de la independencia.

Un inmenso clamoreo, una agitacion entusiasta resonó como los golpes rudos del oceano.

El aire mecía aquel estandarte sagrado, y á los rayos solares resplandecia la imágen de la *Virgen de Guadalupe* sobre el pabellon.

La idea de la independencia unida al sentimiento religioso, era una feliz combinacion, un golpe de alta política en un pueblo semi-idólatra.

Se combatia al coloso con sus mismas armas.

La Virgen de Guadalupe aparecida sobre las rocas del Tepeyac, encarnaba un sentimiento patrio, ella no habia venido á bordo de las naves conquistadoras.

Si el obispo Zumárraga hubiera pensado que la imágen llevada á su palacio por el indio, habia de ser la patrona de la independencia, la habria hecho desaparecer como los geroglíficos de la civilizacion azteca.

Hidalgo puso en manos de Allende la bandera.

El jóven caudillo se adelantó á su ejército y dijo con voz de trueno:

—Mexicanos! Viva la Virgen de Guadalupe! Viva la independencia!

—Viva la Virgen de Guadalupe! respondió el pueblo.

Como á la proclamacion de una idea se sigue la proscripcion de otra, y el caudillo habia hablado terminantemente de quitar el mando á los europeos, el pueblo exclamaba: ¡Viva la Virgen de Guadalupe! ¡mueran los *gachupines!* (\*)

Cuantas imágenes habia en el santuario de Atotonilco, fueron puestas en lienzos y atadas á las lanzas y cañaverales, formando multitud de estandartes.

(\*) *Gachupines*.—Presumo que la antigua significacion de esta palabra, hasta hoy no muy claramente deslindada, puede haber tenido bastante parte en las severas calificaciones del señor Alaman, por el carácter tan acerbo de odio, de desprecio y de sarcasmo que tomó desde que formó parte de la lengua revolucionaria. La oscuridad comienza desde la etimología. El erudito P. Mier la deriva de *calli* (zapato) y *tzopini* (cosa que espina ó punza), resultando por la elidicion del final *tli*, la palabra compuesta *cazopini* (hombres con espuelas). El señor Alaman la ha reproducido (Historia de México, tomo I, página 7) con la muy respetable autoridad del señor Lic. D. Faustino Chimalpopocatl Galicia, quien ya como mexicano de origen, y ya como catedrático de la lengua, es de gravísimo peso. Segun esta opinion, significa aquella palabra *punzar con el zapato ó punta de él*, pues que ambos etimologistas le dan por origen la *espuela ó acicate* que usaban los españoles y no conocian los indios. Pa-

Desde entónces la Virgen de Guadalupe fué la enseña de la revolucion y su nombre saludado en medio del estruendo de las batallas.

## IV.

Hidalgo emprendió su marcha y al cerrar la noche del 16 de Setiembre, se posesionó de la ciudad de San Miguel el Grande.

La poblacion en masa salió á recibirle, participando del entusiasmo que ardia en el corazon de todos los patriotas.

Era tal el tumulto y alboroto, que los españoles creyeron llegado su último momento y se refugiaron en la sala de cabildo de las casas consistoriales.

Allende procedió á su aprehension.

—Necesitamos, dijo uno de ellos, para entregarnos prisioneros, que venga el coronel Corral, que representa la autoridad del rey.

Indignado Allende, respondió que esa autoridad habia dejado de existir en América, y que intimaba la orden en nombre de la nacion.

sando ahora de la etimología, que dicho sea de paso, me presenta muy graves dificultades gramaticales, al exámen de la significacion primitiva que tuvo la palabra *Gachupines*, encuentro datos que convencen no tuvo en su origen ninguna que pareciera hostil ú ofensiva, habiendo aun razones para presumir que fué creada para los mismos españoles; y si no lo fué, ellos la prohibieron otorgándole todos los derechos de la nacionalidad castellana..... La palabra *Gachupin* no era un apodo popular, sino una expresion hasta cierto punto técnica: *mercaderes ó pasajeros* que ántes llamaban *viandantes*, y que recorren el país sin radicacion.

(Noticias históricas y estadísticas de Durango, por D. José Fernando Ramirez.—Páginas 78 y 79.—Nota.)

Aquellos desgraciados no pudiendo resistir á la fuerza, fueron conducidos al convento de San Francisco, donde estaban sus compañeros traídos de Dolores.

El regimiento de la Reina, reconociendo á sus valientes capitanes, se puso bajo el estandarte de la libertad.

En los primeros momentos de la revolucion, es difícil contener el torrente de las pasiones en sus deseos de represalias y de venganza.

El populacho se arrojó sobre la casa de un español llamado Landeta y la saqueó completamente.

No acababa aún el saqueo, cuando Allende se presentó en aquel sitio, y haciendo uso de su espada, dispersó á aquella gente.

Hidalgo y los otros caudillos rondaron personalmente la ciudad hasta restablecer el orden.

Al dar la *quedá*, la ciudad estaba en un silencio profundo; parecia que el fuego de la revolucion no la estaba abrasando.

Hacia veinticuatro horas que *diez hombres* habian dado el grito de insurreccion, y ya estaban al frente de un ejército, apoderados de una ciudad, en tren completo de guerra.

El sol del 16 de setiembre de 1810, vive inmortal sobre la frente del pueblo de Dolores, como un brillante engastado en su diadema.

Las generaciones se prosternan delante de esos muros, en el solemne y respetuoso homenaje de su patriotismo.

El pueblo de Dolores se marcará con una llama perenne, como los volcanes encendidos, en las cartas geográficas.

### CAPITULO III.

#### EL GATO EN LA RATONERA.

##### I.

El padre Pontolongon se habia constituido por orden del Santo Oficio espía del cura Hidalgo y lo seguia como su sombra.

El antiguo maestro de aposentos apareció como vicario en el curato de San Felipe y no cesaba de acechar, dando cuenta de los pasos todos de Hidalgo.

Un expediente voluminoso tenia ya la Inquisicion, y se practicaban diligencias en secreto, y se llamaban testigos, y se citaba á personas de alto coturno para sacar reo á Hidalgo, todo con ese misterio que acostumbraba tan respetable tribunal.

Cuando el cura de San Felipe fué promovido al curato de Dolores, su constante pesadilla, el padre Pontolongon, asentó sus reales en el pueblo.

Hidalgo sabia de antemano que se le vigilaba, y traia inquieto al esbirro entregándole á la hilaridad de sus amigos.

La tarde del 14 de Setiembre habia llegado el espía infernal